



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13493

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENINSULA: Un mes, 150 pts.; Tres meses, 450 id.; EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. La suscripción se comienza de los 1.º y 16 de cada mes. La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

CONDICIONES

El pago se hará siempre adelantado y en metálico a cuenta de facturas. Correo postal en París: Mr. J. L. L. 11, rue Rougemont; Mr. J. L. L. 11, Faubourg Montmartre.

VIERNES 9 DE NOVIEMBRE DE 1906

## La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

12 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA. SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal.

## Las víctimas de los submarinos

Desde el siglo XVIII, para hablar con exactitud, desde 1772 hasta 1906, han perecido 167 personas víctimas de los submarinos.

El primero y también único accidente anterior al último pasado siglo, fue la pérdida del submarino del inglés Day, que se hundió con su inventor en 1772 a 83 metros de profundidad en el puerto de Falmouth.

Sesenta y siete años después, ó sea el 15 de Agosto de 1839, un francés, el doctor Petit, se sumergió con su submarino en Saint-Valery-sur-Somme y no volvió a aparecer.

En 1835, un español llamado Cerro ó Cuervo, se ahogó también al lanzarse al mar con su submarino esférico.

En 1851, el americano Philips, que se hundió en el fondo del lago Erie, cerca de Buffalo en un buque provisto de péndulo hidrostático.

En 1854, un buque construido por Scott Russel y Lord Palmerston, con arreglo a los planos del alemán Bauer, ahogó cinco hombres en la primera prueba.

A partir de 1862 se multiplicaron los accidentes. Uno de ellos, el primero y más famoso, fue el del submarino «David», construido por Aulmey en Mobile, que ahogó sucesivamente cuatro tripulantes, dos comandantes, los tenientes Pampy Dixon y su inventor; total: treinta y dos hombres.

Este buque fue puesto a flote tres veces y cada una de ellas encontró gente para tripularlo. Este mismo submarino echó a pique en Febrero de 1864 la corbeta federal (nordista) «Housatonic», que naufragó con la mitad de su tripulación. Con su victoria, desapareció también el «David».

Hay que tener en cuenta que el submarino había atacado a la corbeta naval en la superficie.

Viene después «L'Intelligent Whale» (La Ballena Inteligente), del americano Halstead, que de 1864 a 1872 hizo el solo «139 víctimas...» Un verdadero «record...»

Desde 1872 a 1904 no se recuerda ningún accidente de submarino que haya ocasionado muerte; pero desde esta última fecha hasta el año actual los submarinos han hecho 86 víctimas.

El 18 de Marzo de 1904, el submarino inglés «A. 8», abordado cerca de Portsmouth por el vapor «Berwick-Castle», que no le vio a tiempo, ahogó 13 hombres.

El 29 de Junio del mismo año el submarino ruso «Delphin», tipo «Bannouff», naufragó en Lisboa por no haber podido cerrar la capota, muriendo veinticuatro hombres en el primer momento, y después otros seis a causa de una explosión ocurrida a penas fue puesto a flote el buque.

El 8 de Junio de 1905, el submarino inglés «A. 1» quedó en el fondo del mar con catorce hombres; a consecuencia de una falsa maniobra.

El 6 de Julio del mismo año ocurrió la catástrofe del «Eriadet» (francés), muriendo también 14 hombres.

El 16 del mes pasado ocurrió en Bizerta la catástrofe del «Lutis», en la que han perecido 16 hombres.

Y la horrible lista, desgraciadamente, no se ha cerrado todavía.

Como se ve por el relato anterior, en casi todas las naciones que se precian de los progresos navales han ocurrido simonios, pues nunca se ha dado un paso en la senda del progreso que no haya quedado marcado con una huella sangrienta.

O sino, basta fijarse en las víctimas que diariamente causan los automóviles y las corrientes eléctricas.

En España hemos encontrado un medio de no exponernos a tener que lamentar pérdida de vidas por ensayos de navegación submarina.

Ese medio es... no tener submarinos sumergibles ni nada parecido.

A semejanza de aquel gobernador general de Cuba — antecesor del mejor que España envió a la gran Antilla para ese cargo, del inolvidable cartagenero y honradísimo marino de Guerra, D. Miguel Tacón, primer duque de la Unión de Cuba, — que cuando acudían a su palacio los vecinos de la Habana a quejarse de los asesinatos y robos de que eran víctimas en las calles de dicha capital por la noche, les contestaba: «Si se acostaran ustedes como yo a las nueve, no les ocurrirían esas desgracias»; nosotros hemos hallado la manera de que no nos ocurran desgracias en el mar, por el estilo de ese bondadoso gobernador: no tener barcos.

Y el día del peligro, con insultar al Ejército y a la Marina, y hacer creer al pueblo que éstos son los responsables de todo, se habrá salido del paso.

Si es que no logramos conjurar los peligros de la Patria con elocuente discursos de nuestros huecos políticos, como los que dirigía a Napoleón I, en Bayona, el imbécil Escoiquiza, y de los que tanto se reía el terrible Corzo.

Aquí no se sacrifican vidas españolas en tiempo de paz más que en aras de la fiesta nacional.

Y si en las estadísticas de los que perecen en los ensayos de submarinos no figuramos, a pesar de haber sido españoles Monturiol y Peral, en cambio ninguna nación nos supera en el número de los que pierden su vida por los cornúpticos.

Y vayase lo uno por lo otro.

El que no se consuela es porque no quiere.

## CONTRA LA USURA

La proposición de ley contra la usura, presentada en el Congreso por el señor Azcárate, está redactada en los siguientes términos:

Artículo 1.º Setá nulo todo contrato, de préstamo en que se estipule un interés notablemente superior al normal del dinero y manifiestamente desproporcionado con las circunstancias del caso ó en condiciones tales que resulte aquél leonino, habiendo motivos para estimar que ha sido aceptado por el prestatario á causa de su situación angustiosa y de su inexperiencia ó de lo limitado de sus facultades mentales.

Art. 2.º Los tribunales resolverán en cada caso, formando libremente su convicción en vista de las alegaciones de las partes.

Art. 3.º Declarada la nulidad del contrato, el prestatario estará obligado á entregar tan sólo la suma recibida; y si hubiera satisfecho parte de aquélla y los intereses vencidos, el prestamista devolverá al prestatario lo que, tomando en cuenta el total de lo percibido, exceda del capital prestado.

Art. 4.º Lo dispuesto por esta ley se aplicará á toda operación sustancialmente equivalente á un préstamo de dinero, cualquiera que sea la forma que revista el contrato.

Art. 5.º El prestatista que contrata con un menor se supondrá que sabía que lo era, á menos que pruebe haber tenido motivos racionales y suficientes para creer que era mayor de edad.

Art. 6.º El que no pudiendo contratar con persona incapacitada legalmente para contraer obligaciones, intenta ligarle al cumplimiento de una mediante un compromiso de honor ú otro procedimiento análogo, incurrirá en la pena de arresto mayor de tres á seis meses.

## CHARLA

### ¿Quién contenta á todos?

De periódicos y periodistas

Capitan las crónicas que un gitano, rehusando ira por todos sus poros contra un individuo, lo maldijo diciéndole: «maestro, de escuela te veal, y á fe que hubiera sido lo mismo, para los aviesos deseos del malediciente, que hubiera exclamado: periodista te veal».

La labor del maestro de escuela y la del periodista, es noble, elevada; pero ardua, escabrosa, ruda; al final de la jornada, sólo recogen espinas, agudísimas espinas.

El maestro no está en la consideración que se merece, y otro tanto suele ocurrir con el periodista.

Peca uno, y todos son medidos por el mismo rasero, y en los tiempos que corren, en que hay marcado afán en ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, todos nos esforzamos en pintar como Lucifer á los demás, y como Santos á nosotros mismos.

El periodista, dejando á un lado lo difícil y rudo y triste de la profesión, se halla en durísimo trance para dar gusto á sus lectores al confeccionar el periódico.

Se desvive por hacerlo bien; por contentar á todos; por alcanzar la vanidad de obtener un aplauso merecido, y recibe despiadados palmotazos.

De nada sirve que se esfuerce en escribir un artículo de entrada, hablando de intereses generales del País ó de los particulares del pueblo en que reside; que emborrone unas cuartillas trazando cualquier trabajo más ó menos ameno; que se rompa la cabeza descifrando el lenguaje roto, despedazado, á veces incomprensible, de las hojas telegráficas; que se vuelva tarumba buscando, por un lado y otro un cuento movido, interesante, que haga las delicias del lector; que se arme de tijera, y busque por aquí y busque por allá, entre los periódicos que á diario llegan á la Redacción, clave sus afiladas puntas en la entraña de un trabajo notable, que produjo cualquier compañero de fatigas y sinsabores; que pierda la vista leyendo pruebas y más pruebas, á la caza de erratas; que invierta la mayor parte de las horas del día en leer, en leer mucho, para estar enterado de cuanto de interés suceda en la tierra, y dar cuenta de ello; que nada sirve, en fin, que el pobre periodista estruje el cerebro, agote sus fuerzas físicas para complacer á todos, porque á la postre, sólo cosecha censuras, crueles censuras, sin duda para que esto forme pendant con el final que le espera al término de su carrera.

¿Cómo contentar á todos al confeccionar el periódico? Los periodistas, lo anhelan vivísimamente; pero no hay forma humana de conseguirlo. Hay quienes afirman que sólo gustan de leer buenos cuentos y quienes no conciben un diario sin artículos de fondo y quienes los maldicen; quienes anhelan que se publiquen versos y quienes quemarian el periódico al ver en él una poesía; quienes ansian muchas noticias y quienes dicen que no hacen falta; quienes gritan contra los artículos largos y quienes contra los cortos; quienes desean que se inserten muchos telegramas y quienes no leen ni uno; quienes vociferan si leen la descripción de un crimen y quienes los buscan como pan bendito; quienes, en fin, se irritan si se les cuentan

las cosas en estilo correcto, y quienes se sañuran si no se les habla con toda franqueza.

¿Es posible así contentar á todos? ¿Hay modo de evitar las censuras?

¡Ah, si los que sin miramiento alguno comentan de un modo desfavorable la penosa labor del periodista, se sentaran sólo un día en una mesa de Redacción, y pusieran mano en la tarea vertiginosa del periódico, cuán bondadamente modificarían sus juicios, y cuán pocos serían en las censuras!

Y esta labor, no es de un día, ni de una semana, ni de un mes, ni de un año; es de siempre, hasta que el luchador cae vencido por enfermedad incurable ó por la muerte.

Y, ¿cuáles son los laureles que ese luchador ha conquistado?

Buscadlos entre las mayores desdichas humanas, que allí los hallaréis abundosos.

Nace el periódico en el día, y muere en el día el jugo intelectual en él depositado, como muere el efímero apenas vió la luz.

Siempre pensador, siempre leyendo; siempre agitando en torno de la fatigosa labor de las inaplazables imperiosas exigencias del periódico; hé ahí la misión, nada envidiable, de los que obtienen el pan espiñando el jugo cerebral, á costa de la vida, como se exprime el limón, destruyéndolo, para sacarle el jugo.

Y, ¿qué premio espera al periodista?

Las reprimendas diarias, incansantes, despiadadas, de los que juzgan su trabajo sin consideración alguna; llamándole, unos, inepto y embustero é inculco é ignorante, otros.

Los que valen, los que saben mucho; los que hacen hincapié en una errata para juzgar los merecimientos de quienes, en unas cuantas horas, confeccionan el periódico — sin que deje de aparecer en él el detalle más nimio relativo á cualquier suceso desarrollado, siempre, con rapidez — no tienen en cuenta lo fácil que es incuicar en equivocaciones, que el periodista es el primero en lamentar.

Triste, muy triste; difícil, muy difícil, es la misión del periodista, y más triste aún, el pisar las espinas que arrojan en su camino los severos y desconsiderados censores de su labor escabrosa, que ni siquiera recuerdan que el que cae fatigado en el camino, no cuenta con recursos para levantarse, y ¡ay, de él! y el que llega al final, sólo recoge pesadumbres, inmensas

460 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

MARIA

457

Soñé que María era ya mi esposa: este castísimo delirio había sido y debía continuar siendo el único de este mundo: vestía un traje blanco y vaporoso, y llevaba un doantal azul como si hubiese sido formado de un girón de cielo: era aquel delantal que tantas veces le ayudé á llenar de flores, y que ella sabía atar tan justa y despididamente á su cintura inquieta, aquel en que había yo encontrado envueltos sus cabellos: entre-brió cuidadosamente la puerta de mi cuarto, y procurando no hacer ni el más leve ruido con sus ropas, se arrojó sobre la alfombra el día del año: después de mirarme medio sonreído, cual si temiera que mi sueño fuese fugido, tocó mi frente con sus labios suaves como un terciopelo de los labios del Páez: me acerqué a y a de mí engaño, dejéme arizar un momento su aliento tibio y fragante; pero entonces esperó hábilmente que oprimiera mis labios con los suyos: sentóse en la alfombra, y mientras leía alguna de las páginas dispersas en ella, tenía sobre la mejilla una de mis manos que ponía sobre los almohadones: sintiendo ella animada esa mano, volvió hacia mí una mirada llena de amor, sonriendo como ella sola podía sonreír; atrajo sobre mi pecho su cabeza y recostada así buscaba mis ojos mientras la oraba yo la frente con sus brazos sedosas ó aspiraba con deleite en perfume de abalaca.

Un grito, grito mío, interrumpió aque...

copas con las últimas porciones que le habían dado, Abrió el armario: todos los aromas de los días de nuestro amor, se exhalaban combinados de él. Mis manos y mis labios palparon aquellos vestidos tan rozados para mí. Abrí el cajón que Emma me había indicado; el cofre precioso estaba en él. Un grito me escapó de mi pecho, y una sombra me cubrió los ojos al desenrollarse entre mis manos aquellos trajes que parecían sensibles á mis besos.

Una hora después... ¡Dios mío! tú lo sabes, yo había recorrido el huerto llamándole, pidiéndosela á los follajes que nos habían dado sombra, y al desierto, que en sus ecos solamente me devolvía su nombre. A la orilla del arroyo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y obscuro blanqueaban las alblas y tronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente.

Algunos de quien me ocultaban los rosales, pronunció mi nombre cerca de mí: era Tránsito. Al aproximarme, debí producirlo espanto mi rostro, pues por unos momentos permaneció inmóvil. La respuesta que la di á la súbita que me hizo parar que dejase aquel sitio, le roto quizá en sus amarguras, todo el desprecio que en tales instantes tenía yo por la vida. La pobre muchacha se puso á llorar sin cesar por el momento, pero á animada hablé con la voz de la vida.